

XVII

Obras de pública utilidad.

Volviendo á los religiosos de S. Francisco, bien pudiéramos aumentar el catálogo de los que prestaron eminentes servicios á nuestro país en las misiones, ya poniendo un dique al furor de los salvajes, sin más armas que un Crucifijo, ya descubriendo nuevas tierras á cuyos moradores se atraían no menos por la enseñanza evangélica que por los beneficios de la civilización, y ya finalmente, dando impulso á los adelantos del ingenio mediante la iniciación en las artes y las ciencias.

Con mucha generalidad se da por cierto que nuestros primeros religiosos vivían tranquilamente en sus monasterios, como los que conocimos en estos tiempos; este es un error: la base ó más bien el espíritu, el alma de aquella sociedad, era la vida activa, y los frailes la observaban en gran manera laboriosa y fecunda en resultados magníficos. Díganlo las tareas literarias á que se consagraban con ardor, y cuyos monumentos conservamos con cariño; dígalo la instrucción que adquirían los párvulos en las

escuelas dirigidas por ellos en todas las poblaciones donde se establecían; y díganlo también las lecciones prácticas de agricultura que dieron á los naturales, conforme á las cuales cultivan estos hasta el día la tierra, y tantas obras materiales que para bien de los mexicanos de su tiempo y de la posteridad hicieron construir ó ejecutaron ellos á veces con sus propias manos. No entraremos en el estudio de la vida de todos los religiosos á quienes somos deudores de estos bienes; pero, ¿cómo pasar en silencio nombres tan estimables y populares como los del P. Fr. Francisco Tembleque y del beato Sebastián de Aparicio? ¿Quién ignora que á éste se debe el camino de México á la ciudad de Zacatecas, y que aquél fué quien levantó el magnífico acueducto vulgarmente conocido con el nombre de "Arcos de Zempoala"?

Fuera pues incurrir en notoria injusticia negar á las biografías de esos ilustres religiosos un lugar en las páginas de esta obrita especialmente destinada á presentar el bosquejo de las glorias de los primeros varones apostólicos que florecieron en nuestro país. Digamos dos palabras acerca de la del beato Sebastián de Aparicio.

XVIII

Una visita á la iglesia de San Francisco de Puebla.

La ciudad de los ángeles atesora monumentos religiosos de primer orden. La Catedral, San José, La Compañía, San Agustín y la Concordia son otros tantos templos que á la majestuosa belleza de la arquitectura hermanan el prestigio de interesantes memorias. La iglesia de San Cristóbal llama justamente la atención por su Purísima de Cora y por el lujoso ornamento de su fachada. Pero ninguno de esos edificios está situado más ventajosamente para el efecto pintoresco que la iglesia de San Francisco. Separada de la parte más poblada de la ciudad, así como todo el monasterio, por un arroyo, cuya orilla izquierda está hermo­seada por la alameda llamada el Paseo Viejo, se asienta en el suave declive de la ribera señoreando una muchedumbre de igle­sititas y casas de recreo. Muy grata y du­radera es la impresión que causa la vista de este edificio, cuya fisonomía grave, imponente y religiosa, parece decir á la alma que la contempla: yo soy una pá­gina sagrada que conserva el secreto de

las dichas y el pesar de cien generacio­nes. Por mis puertas han pasado el po­der, la riqueza, la gloria, la hermosura.... ¡todo ha desaparecido, todo irá desapa­reciendo! ¡Sólo yo vivo la vida de los si­glos, y el Eterno me sostiene como la imagen de la esperanza en medio de las vicisitudes y miserias de la humana exis­ tencia!

Dominados por esta impresión nos ha llá­bamos años hace en presencia del ai­roso edificio, á la sombra hospitalaria de uno de los árboles que pueblan el cementerio.

Era de tarde.

Los rayos del sol poniente se quebra­ban en la parte superior de la fachada y atravesaban por entre los arcos de la torre en haces luminosos de un efecto mágico.... ¡La torre!... La torre de San Francisco de Puebla es la maravilla de la ciudad; ¡el arquitecto quiso por ella remontarse al cielo! A su base for­mó una capilla, sobre la cual fué hacinan­do sillares hasta levantar un campana­rio esbelto, gallardo y ligero, como un alminar.... no, como un obelisco.

Dirigimos después los pasos hasta la entrada de la iglesia, y al penetrar en lo interior observamos con gusto la gra­ciosa columnata que decora los muros

laterales, ostentando en los intercolumnios además de los altares bellos cuadros que representan pasajes bíblicos.

La bóveda sobre que descansa el coro, es otra maravilla: es tan atrevidamente plana, que no puede verse sin una mezcla de espanto y admiración. El arquitecto que la construyó no quiso presenciar el acto de quitar la cimbra, temiendo que se desplomara luego que le faltase el sostén, y desapareció, dejando á los religiosos sin saber qué partido tomar. Pusieron éstos fuego al armazón y con asombro suyo vieron que la bóveda se sostenía firme y sólida como permanece hasta el día.

En los altares hay efigies de primorosa escultura; pero ninguna llama tanto la atención como la Purísima, que ocupa el tabernáculo del altar mayor. En la tarde á que nos referimos, estaba vestida con una túnica blanca y manto azul de gasa, con lo cual, y recibiendo abundante luz por la parte posterior, la vimos tan vaporosa, tan aérea, tan idealmente hermosa, que parecía transfigurada ó que acababa de bajar del cielo.

Pero el objeto principal de nuestra visita á la iglesia de San Francisco, era contemplar los restos del beato Sebastián de Aparicio, religioso lego que flo-

reció en la segunda mitad del siglo décimo sexto y cuya historia en que se han empleado varias plumas, más que pintura de una vida real, parece una novela. Traigamos á la memoria los más importantes sucesos de esta vida.

Nació Aparicio en Gudíña, villa del Obispado de Orense en la provincia de Galicia, el año de 1502, y fué hijo de Juan de Aparicio y Teresa del Prado, que le criaron en la práctica del bien y le dedicaron desde sus primeros años á la labranza, en que se ejercitó la mayor parte de su vida.

Después de haber residido en varios lugares de España, pasó á México en 1531, embarcándose en San Lúcar de Barrameda, puerto feliz de donde en años anteriores habían salido también las colonias franciscanas y dominica que plantaron el estandarte del cristianismo en estas regiones. Hay lugares predeterminados á ser repetidas veces el principio ó el punto de partida de la realización de grandes acontecimientos; lo fué el de que se trata respecto de los viajes de misiones apostólicas, así como el puerto de Palos lo había sido igualmente con respecto á los descubrimientos en el Nuevo Mundo.

Llegado Aparicio á nuestro país, se

dedicó á conducir de Veracruz á Méjico en carretas tiradas por bueyes los géneros y demás efectos, que venían de la Península, y en este ejercicio permaneció hasta el año de 1542: el comercio le es deudor, según se ve, de la introducción de ese medio de transporte que en aquella época fué sin duda considerado como una gran mejora material.

Pero dió un paso todavía más agigantado en esta senda con haber emprendido sus viajes, no ya á Veracruz, sino á Zacatecas, y desde entonces data la existencia del camino que llamamos ahora de Tierradentro. General admiración hubo de causar aquel hombre animoso que sólo y conduciendo una carreta, proporcionaba un medio de comunicación entre poblaciones importantes, sin arredrarse por los peligros, no siendo el menor de éstos el encuentro más que probable con los bárbaros.

Sin embargo, nunca tuvo el menor contratiempo en todo el período dedicado á esta ocupación, de la cual se apartó luego que llegó á juntar de utilidades una suma de consideración para comprar una finca de labor, como en efecto, la adquirió en el valle de México, cerca de Tlalnepantla.

Trabajando asiduamente en esta ha-

cienda, los productos correspondían á su dedicación; pero los distribuía él casi á todos los pobres, cuya triste situación aliviaba aún á costa de su propia conveniencia. Viniendo una vez á la capital, vió por el camino á un vecino suyo, á quien traían á la cárcel de corte por deber tres mil pesos que no podía pagar; no lo sufrió él y por librar de aquel trance al insolvente, aprontó la cantidad, de que no llegó jamás á reembolsarse.

Otra de sus excelencias, además de la caridad y la extremada pureza de costumbres, fué un candor angelical, era uno de los niños del Evangelio.

Aunque permaneció mucho tiempo sin contraer matrimonio, ya en el último tercio de su vida fué dos veces casado, si bien en el trato íntimo con sus jóvenes consortes nunca llegó á desempeñar otro papel que el de un padre con su hija.

Triste y desconsolado por la pérdida de su segunda mujer, á quien mucho amaba, quiso consagrarse á Dios lejos del mundo, y á este fin, siguiendo el consejo evangélico, renunció á todos sus bienes en favor de las monjas de Santa Clara de esta ciudad, que hacía poco tiempo habían fundado su monasterio. Dedicóse, además á servirles en clase de donado.

Acaecía este cambio de su vida por los años de 1573.

En el siguiente, á 9 de Junio, tomó el hábito de San Francisco en el convento grande, subiendo un escalón de la vida monástica, pues de donado pasó á lego.

Ya profeso fué destinado al convento de Tecali y después al de Puebla, en donde residió hasta su muerte acaecida en 25 de Febrero de 1600, viviendo, como se advertirá, casi un siglo.

En todo este último período de su vida no se empleó sino en recoger limosnas para el convento, recorriendo con este objeto la mayor parte de los pueblos comarcanos, para lo cual se le proporcionaron carretas tiradas por bueyes, volviendo de esta suerte al ejercicio que tuvo en sus primeros años de residencia en México.

Este género de vida le abrió también un vasto campo á la práctica de la virtud en que más sobresalla, la caridad. Socorría, hasta donde le era dable, á los menesterosos; poniéndose en contacto con las clases pobres de la sociedad, penetraba en el secreto de las necesidades que ordinariamente las aquejan, y si no estaba en su mano remediarlas, lloraba con el afligido, y aconsejando la resigna-

ción, derramaba en los corazones un bálsamo divino.

Era ingenioso en eludir el precepto de la obediencia monacal cuando se oponía esta á la ejecución de algún acto de humanidad. Refiérese que el guardián de Puebla, observando que no pocas veces regresaba al convento sin el manto por darlo á los pobres, le previno expresamente que no volviera á desprenderse de él. Salió al camino, llegó á cierto paraje, pídele el manto un mendigo que estaba casi desnudo, y él le contesta:

—“Hermano, á mí me han mandado que no lo dé; pero si vos me lo quitáis, ¿qué puedo hacer?”

“Quitóselo el pobre, y después, reconvenido del guardián, dijo:

—“Si vos, como me mandásteis que no lo diera, me mandárais que no me lo dejara quitar, no lo consintiera; pero si tenía necesidad, ¿se lo había yo de quitar?”

Vetancurt, de quien tomamos este pasaje, haciéndose eco de la tradición refiere otros casos no menos notables de la vida del virtuoso lego á la cual por otra parte tampoco ha faltado el esmalte de lo maravilloso; los milagros son las flores con que honra la piedad cristiana la memoria de los justos, si bien están de

sobra cuando en la vida de éstos resplandecen otras flores de más suave olor, como son las virtudes.

Enumerando las de nuestro héroe, esperábamos en la iglesia de San Francisco de Puebla la llegada de un religioso para pedirle nos mostrase los restos venerables cuya vista apetecíamos y ya los postreros rayos del sol penetraban horizontalmente por las ventanas, iluminando las sencillas labores de las bóvedas.

El silencio de aquel retiro de paz y santidad convidaba á la meditación.

Al fin se dejó oír un ruido, y abriéndose la puerta de la sacristía, salió un religioso con una luz en la mano, el cual nos condujo á una capilla dedicada al beato Sebastián de Aparicio.

Entramos á un camarín; subimos algunas gradas, y á la apacible claridad que derramaban los cirios, nos hallamos en presencia de la urna magnífica que contiene el objeto sagrado que tratábamos de contemplar.

Al fijar en él nuestras miradas, no pudimos menos de reflexionar cuán cierto es que rara vez deja el hombre de hacer justicia al hombre; y aquella urna costosa, aquel respeto que se tributa á un religioso humilde que se deslizó

tranquilamente animada por las armonías de la caridad y la inocencia; tanto amor, tantas solitudes, tanto apego á ese polvo santificado por el bien, están mostrando de una manera patente é irrecusable, que la especie humana sabe estimar el mérito y tributarle el homenaje debido, tanto cuanto los hombres son individualmente injustos y avaros de merecidos elogios.

Satisfecho el deseo que nos había conducido á la referida iglesia, volvimos al cementerio cuando ya la campana mayor en graves tañidos anunciaba las oraciones. Las frentes del Popocatepetl y del Iztacxihuatl, se dibujaban en la pálida vestidura del crepúsculo; buscaban las aves un asilo en las copas de los fresnos y álamos del paseo contiguo, y el ruido vago y monótono producido por la gente en la ciudad, se oía como un suspiro gigantesco, ó como el rumor de las aguas que se despeñan tumultuosas en una torrentera lejana.

XIX

Arcos de Zempoala.

“Condolido el V. P. Fr. Francisco Tembleque, de que tanto número de gentes como las poblaciones de Otumba y Zempoala que en aquel tiempo eran crecidas, careciesen del agua necesaria por causa de que si en su gentilidad en unos jagüeyes rebalsaban la lloediza teniendo la necesaria, después los ganados de los españoles se la bebían, y les obligaban á los naturales á traerla de nueve leguas; determinó el traerla por barrancas y cerros en atargea de cal y canto, y aunque tuvo así de seglares como de religiosos contradicciones, emprendió la obra y en tres barrancas hizo tres puentes de arcos: la primera de cuarenta y dos varas y dos tercios de alto, y de ancho veinte y tres varas y una tercia, que á los que lo ven causa asombro, que si fuera paso podía por debajo de él pasar un navío de porte á vela tendida: de este arco, en que gastaron cinco años en hacerlo, van después disminuyendo sesenta y siete arcos colaterales conforme va subiendo la barranca hasta que vuelven á coger el plan de la atargea. Es-

tando en esta obra fué un alcalde de corte á ver las dificultades que ponían los que juzgaban imposible que el agua, por parecer estaba muy baja, subiese á tanta altura, y sin darse á conocer fué á comunicar con el religioso esta dificultad, y con su conversación y ver que un gato que tenía le trajo un conejo para comer, y que diciéndole el religioso que fuese á traer otro para el huésped, le trajo, quedó convencido á que tendría efecto la obra que se hacía.

“Lo que es digno de ponderarse, es el ingenio con que lo hizo tan perfecta, sin haber aprendido el arte para tan insigne obra, la perseverancia que tuvo en diez y siete años que gastó en hacerla, y la fortaleza con que ha perseverado en más de ciento y cuarenta años, sin que se haya descantillado una piedra, y sin que le haya nacido una yerba en distancia de quince leguas que corre la atargea por los rodeos que hace, sin haber faltado agua en tantos años...”

Así se expresaba el P. Vetancurt acerca de esta obra admirable á fines del siglo décimoséptimo. El excelente religioso que la llevó al cabo de una manera todavía más admirable, fué natural de Tembleque (lugar de cuyo nombre tomó su apellido), perteneciente á tierra de To-

ledo. Vino á nuestra patria en compañía del P. Fr. Juan de Romañones, y á los pocos años de residencia supo la lengua mexicana con tal maestría, que no sólo conversaba en ella como cualquiera de los naturales, sino que en la misma les predicaba con notable desembarazo.

Por mandato de sus prelados fué á morar á Otumba, donde se dedicó á construir la obra referida, una parte de la cual se edificó cerca del campo donde años antes el ejército azteca había sido derrotado por el conquistador: los hijos de Otumba, que presenciaron aquel descalabro, ó sus descendientes, no pudieron menos de conocer á vista del acueducto, la distancia que separa la conquista que se vale de medios violentos, de la que para consolidarse estudia las necesidades de los pueblos, y las remedia con obras de pública utilidad.

No lejos del puente principal edificó el P. Tembleque una ermita que dedicó á Nuestra Señora de Belén. y junto á ella una celdita donde vivía pobremente, proporcionándose alimento del modo ya indicado. Moró allí muchos años, y ya en los últimos de su vida, pasó con el cargo de guardián al convento de Puebla, y después á Zempoala, donde acabó sus días en la observancia de su instituto y ocupado en aliviar las miserias de sus semejantes.

La obra portentosa que ha transmitido su nombre hasta nosotros, y que le hará pasar á las más remotas generaciones con el sello de la gratitud de la nación mexicana, resistió imperturbable el empuje del tiempo por más de dos siglos. El descuido y la indolencia hicieron después que ya no sirviese al objeto á que la destinara el venerable religioso, y hoy, de toda fábrica colosal, no quedan en pie sino algunos arcos monumentales que causan al viajero la misma admiración que las ruinas de los acueductos romanos; huellas magníficas del paso de un gran pueblo por el mundo.

XX

Inundaciones de México y desagüe de las lagunas.

Nadie ignora que la capital de la República ha tenido sus diluvios causados por las crecientes de los grandes depósitos de agua que cubren una buena parte de la superficie que la rodea.

A este mal se han aplicado dos remedios diferentes, pues ha tratado de impedir la invasión de las aguas, bien oponiéndoles un dique, ó bien proporcionán-

doles un derrame para disminuirlas en su lecho natural: lo primero se ha logrado en parte por medio del sistema de albarradas, y lo segundo también en parte, por medio del desagüe del lago de Zumpango, al cual se ha abierto paso por el canal de Huehuetoca. Púsose en práctica, además, otro medio, que podemos llamar negativo, y fué, impedir la entrada de ciertos ríos en las lagunas, como se hizo con el Cuauhtitlán respecto de la de Zumpango, variándole el cauce.

Para impedir las inundaciones en lo antiguo, sólo se echó mano del primero de los medios indicados, y es famosa la albarrada que Moteuczoma el mayor mandó construir ayudado de Netzahualcoyotl, el rey de Tacuba y los de Iztapalápan, Coyohuacan y Xochimilco, la cual tenía más de tres leguas de longitud y dos brazas de anchura, que reformada modernamente es la calzada de Mexicaltzingo y San Antonio Abad. Su objeto era el detener las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco.

Años después, Ahuizotl, antecesor del segundo Moteuczoma, quiso introducir á la capital las aguas de un manantial llamado "acuuecuexco," que brota en el pueblo de San Mateo Churubusco, entonces Huitzilopocho. La afluencia de esas aguas fué tal, que México se inundó otra vez.

Remedióse el mal y conjuróse el peligro para mucho tiempo después, con la industria de que se valió otro rey de Texcoco, Nazahualpiltzintli, cegando el referido manantial que, según se dice, fué á abrirse paso á la otra parte de la cordillera oriental, cerca de Huexotzinco. Parece que en Anáhuac estaba la ciencia vinculada á los reyes de Texcoco.

Sóbrevinieron en los siglos posteriores las inundaciones, pues que, según se ha observado, son inevitables después de cierto período las crecientes de los lagos.

El Gobierno español, para atajar el daño, siguió empleando el procedimiento azteca, reparando las antiguas albarradas y construyendo otras nuevas, como lo verificó en las inundaciones acaecidas en el año de 1553, siendo Virrey don Luis de Velasco el primero, y en el de 1604, cuando regía á México el marqués de Montesclaros.

Pero advirtiendo que la medicina aplicada hasta entonces era insuficiente, puesto que el mal persistía, hubo de pensarse más seriamente en el modo de cortar de raíz, y se acudió al desagüe de las lagunas.

La historia y descripción de esa obra hidráulica, nos las da compendiosamente

nuestro poeta Ruiz de Alarcón en los siguientes versos:

“México, la celebrada
Cabeza del indio mundo,
Que se nombra Nueva España,
Tiene su asiento en un valle,
Toda de montes cercada,
Que á tan insigne ciudad
Sirven de altivas murallas
Todas las fuentes y ríos
Que de aquestos montes manan,
Mueren en una laguna,
Que la ciudad cerca y baña.
Creció este pequeño mar
El año que se contaba
Mil seiscientos y cinco,
Hasta entrarse por las casas;
O fuese que el natural
Desaguadero, que traga
Las corrientes que recibe
Esta laguna, se harta;
O fuese que fueron tales
Las crecientes de las aguas,
Que para poder bebellas
No era capaz su garganta.
En aquel siglo dorado
(Dorado, pues gobernaba
El gran marqués de Salina,
De Velasco heróica rama,
Símbolo de la prudencia.

Puesto que por tener tanta,
Después de tres virreínatos
Vino á presidir á España),
Trató este nuevo Licurgo,
Gran padre de aquella patria.
De dar paso á estas crecientes
Que ruina amenazaban;
Y después de mil consultas
De gente docta y anciana,
Cosmógrafos y alarifes,
De mil medidas y trazas,
Resuelve el sabio virrey
Que por la parte más baja
Se dé en un monte una mina
De tres leguas de distancia,
Conque por el centro dél
Hasta la otra parte vayan
Las aguas de la laguna
A dar á un río arrogancia.
Todo es uno el resolver
Y empezar la heróica hazaña:
Mil y quinientos peones
Continuamente trabajan.
En poco más de tres años
Concluyeron la jornada
De las tres leguas de mina,
Que la laguna desagua.
Después, porque la corriente
Humedeciendo cavaba
El monte, que el acueducto
Cegar al fin amenaza,

De cantería inmortal
De parte á parte se labra,
Que dá eterna paz al reino
Y á su autor eterna fama.”

En esta agradable pintura notamos, sin embargo, una omisión y la aserción de un hecho hasta el día no averiguado, y más bien desmentido por la experiencia.

Atribuye Alarcón á solo el virrey toda la gloria del desagiie y no nos dice ni una palabra de Henrico Martínez que fué el ingeniero director de la obra.

Además, da por cierto que en la laguna, (que sin duda se refiere á la de Texcoco), hay un desaguadero natural que traga las corrientes que recibe la propia laguna. Este es un problema que trató de resolver el P. Francisco Calderón, jesuita, sondeándola durante tres meses consecutivos; más el sumidero no pareció por ninguna parte, si bien el P. Calderón pretendía fundar la existencia de él en el testimonio de algunos naturales de los más entendidos, y en el de antiguos mapas mexicanos. Por lo demás, todavía al presente afirman los indios que hacen en canoa la travesía de México á Texcoco, que hay en la laguna tal sumidero, llamado por ellos “el remolino.”

Sea de ello lo que fuere, lo que no ad-

mite duda es que tanto en la construcción de las albarradas y calzadas, como en la del desagiie, tuvieron los franciscanos una parte muy eficaz, ora dirigiendo las obras como peritos, y ora estimulando á los operarios á que trabajasen activamente, proporcionándoles, no obstante, la debida remuneración, librándolos de las pesadas faenas á que otros directores menos compasivos los condenaban. Vivos están entre otros los ejemplos de los PP. Fr. Gerónimo de Zárate y Fr. Juan de Torquemada, citados en otra parte con ocasión de la calzada de la Piedad que, así como otras, alinearon y construyeron. Estos mismos religiosos dirigieron, como maestros de obras, la reparación de la albarrada que mandó hacer D. Luis de Velasco el primero, y tuvieron á su cargo la construcción y aderezo de las calzadas de San Cristóbal, San Antonio Abad, Chapultepec y Guadalupe, y en la que trabajaron á un tiempo cerca de dos mil peones. Otros religiosos de la misma orden, como el P. Fr. Francisco Moreno, cuidaron del hospital que se dispuso para asistencia de los operarios que enfermaran durante la apertura del canal de Huehuetoca, y otros, como los PP. Luis Flores, Bernardino de la Concepción y Manuel de Cabrera, muerto Henrico Martínez, tuvieron la

superintendencia del desagiie. Y aunque para el desempeño de este encargo no tuviesen toda la aptitud que hubiera sido de desearse, el mismo nombramiento que de ellos se hizo manifiesta que á lo menos eran las personas que, en su tiempo, estaban dotadas de mejores luces, ó que inspiraban á la autoridad por otras prendas mayor confianza.

Una de éstas era, sin duda, la caridad que los inflamaba, la caridad que ejercían, aliviando los padecimientos de los indios, desdichados ilotas cuyas fuerzas eran las que se agotaban en la ejecución de esas empresas colosales. En comprobación, y como una muestra del honroso papel que representaron los religiosos en las inundaciones de la capital, véamos lo que dice el P. Vetancurt, describiendo uno de esos cataclismos:

“El año de 629, día de San Mateo, amaneció la ciudad inundada con cerca de vara y media de agua, donde menos; fué considerable la ruina, así de las casas que se cayeron como, de la hacienda que se perdió en las bodegas, por haber sido de noche y repentina. Era virrey el Marqués de Cerralbo, y Arzobispo el señor D. Francisco Manzo, que salía en canoa á repartir pan á los que no podían salir á buscar el sustento. Todos se mostraron caritativos á tanta lástima; pero

los religiosos de San Francisco, como quienes tenían sus conventos á las orillas de las lagunas, se hallaron más dispuestos para el socorro de las canoas y barcas en que sacaban la ropa y gente, que pobló la comarca, huyendo del riesgo de las casas, y buscando el sustento para sus familias; para consuelo espiritual de los fieles ponían altares portátiles en las azoteas, donde celebraban los días festivos para que oyesen misa los que no podían salir con conveniencia de las casas.

“A toda diligencia se hicieron calzadillas á raíz de las paredes, porque no batiesen las aguas, y para el pasaje á los negocios con puentes levadizos en las encrucijadas, y había cantidad de canoas pequeñas que se alquilaban, navegando por las calles. Duró más de cinco años la inundación, valiéndose en los conventos y casas grandes de norias con que achicaban el agua: permitió la Divina Providencia que en todo este tiempo no se quebrase caño, y así hubo agua dulce en las pilas, que la que inundó la ciudad era salobre: quedó sin inundación la plaza mayor, la Catedral, el palacio y plazuela del Volador, y toda la parte de Santiago, por tener más altura que las calles; el barrio de San Juan de la Penitencia y Santa Cruz, por estar bajos, tu-

vicron más agua, y fueron los últimos que quedaron enjutos.

“Después de enjuta la ciudad con un temblor de tierra que hubo, se trató de que se limpiaran las acequias; señalaron religiosos de San Francisco, que repartidos con cantidad de indios por sus barrios, veinte y tres religiosos limpiaron veintidós mil varas de acequias, ahorrando más de cincuenta mil pesos, porque pedían ciento y cuarenta mil, y con menos de noventa mil se hizo, en especial por los PP. Fr. Juan de Sanabria y Fr. Andrés de Meneses, que llegaron hasta los planes antiguos; y entonces se vió cómo todo lo que coge de la plaza y palacio la acequia principal está enlosada con losas cuadradas de piedra tenayocan, que después no se han descubierto en las que ya se han limpiado.

“En el ínterin de la inundación, como se cerraron las compuertas y creció la laguna de Chalco, temieron no reventara la calzada de Mexicaltzingo, y encomendóse su aderezo al P. Fr. Sebastián de Garibay, guardián que era de dicho pueblo, y á toda diligencia, con estacas y terraplén la dejó segura; y porque se advirtió que de las vertientes del volcán venía un arroyo considerable que entraba en ella, se le cometió lo divirtiese, co-

mo lo hizo, haciéndole madre, y por una barranca lo encaminó á las Amilpas, de que está adelante de Amequemécan en el camino del volcán que va á la Puebla un padrón donde está escrita la obra para perpetua memoria. Después acá, conociendo la utilidad con que los religiosos asisten en las ocasiones que se han limpiado las acequias, se han encomendado á la Religión cada cinco ó cada seis años, que les han dejado á satisfacción de la República, y con menos costo de lo que se ha gastado en otras ocasiones, porque con la asistencia y cariño de los religiosos trabajan los indios más animados.”

Como nuestro objeto no es elogiar sistemáticamente, excusamos multiplicar ejemplos de los religiosos franciscanos que intervinieron con honra así en el desagüe de las lagunas de México, como en otras obras que redundaban en provecho de la nación: abundan en las crónicas y puede cualquiera consultarlas con agrado, cierto de que hallará en ellas pruebas irrecusables de lo que ya hemos asentado varias veces, esto es, que nuestros primitivos frailes eran para su tiempo hombres eminentes, colocados á la altura de la civilización que entonces se alcanzaba, aptos no solo pa-

ra el ejercicio de las virtudes monásticas, sabios consumados, artistas ingeniosos, y más que todo, espejos de caridad evangélica, derramando su entrañable cariño especialmente sobre la raza conquistada y abyecta, sobre los desgraciados indios.

Pero ¡qué fatal carcoma se oculta en el seno de las instituciones humanas! ¡por qué todo está sujeto á la ley de decadencia y aniquilamiento! ¡por qué el sér va gradualmente resolviéndose en la nada, como una llama que se extingue poco á poco! ¿Dónde está ese espíritu sublime, ese favor creciente, esa constancia imperturbable que distinguan al misionero del siglo décimosexto y le dotaban de una naturaleza hercúlea para acometer las empresas más árduas? ¿Dónde están esos hombres singulares, de costumbres sencillas, de vestido pobre, que decantaban su separación del mundo, y vivían, sin embargo con el mundo, para difundir la ciencia y avivar el amor del bien entre sus semejantes?

Fueron un instrumento de que se sirvió la Providencia para la obra de regeneración de un mundo; fueron para su época un elemento de progreso, que no

echa menos nuestra sociedad, porque ya no lo ha menester... ¡Quimera!

Existe la necesidad, y se hace sentir imperiosamente; la necesidad de obremos desinteresados, activos, inteligentes, y constantes que sin blasonar de filántropos, siembre la semilla de la civilización en nuestros pueblos, en nuestras rancherías y en los aduares de los indios bárbaros.

Los frailes pudieron, no hay duda, haber desempeñado ese papel glorioso; los frailes pudieron haber conquistado ese laurel, obtener esa prenda más de gratitud á que en otros siglos se hicieron acreedores; pero el antiguo fervor habla acabado; no abrigaban ya la conciencia de su benéfico destino, y aunque vivían en cuerpo eran un cuerpo sin alma.

XXI.

Segunda edad.

Hubo, sin embargo, hasta nuestros días miembros ilustres, y sería hacer un insulto á la verdad el negar á las comunidades religiosas esta gloria que fué, á no dudarlo, la principal causa porque se retardó el golpe que después les sobrevino. Pero ¿qué son algunos miembros llenos de salud cuando el mal reside en la fuente de la vida? ¿qué son algunas columnas firmemente cimentadas cuando se desmorona la parte principal del edificio?

Hubo hasta nuestros días frailes eminentes—nos complacemos en repetirlo—frailes dignos de aspirar al prestigio que ejercieron sus mayores debido sólo al mérito, y que ellos pudieron alcanzar caminando por la misma senda; no lo hicieron, y sin embargo, bien pudieron haberlo hecho. Aún en esta parte los franciscanos tenían ejemplos que imitar y eran los que les dejaron los venerables religiosos de su orden que florecieron en el siglo décimoséptimo, en lo que llamamos nosotros la segunda edad del instituto en nuestro país.

Ya por ese tiempo habla ocurrido una modificación importantísima en la condición de la orden seráfica que la constituyó en una nueva existencia. Por una medida de la autoridad, sobre cuya conveniencia no disputaremos gran parte de los pueblos donde los religiosos ejercían la cura de almas, quedó sujeta á la jurisdicción de los diocesanos, y en consecuencia los feligreses de aquellos pasaron á serlo del clero secular. Reducidos de este modo los franciscanos á los conventos de las principales poblaciones, se limitaron en lo general á esa vida sedentaria, esencialmente monástica, y bajo cierto aspecto infecunda que observaron hasta nuestros días. Mezquina á la verdad era esta esfera; pero no tal que fuese un obstáculo á las nobles empresas; abierto quedaba todavía un vasto campo á los vuelos del pensamiento, y á los sublimes arranques del celo apostólico: en comprobación de lo dicho citaremos las fundaciones de nuevas custodias y provincias en las regiones septentrionales del territorio mexicano, las crónicas que hasta entonces se escribieron, producciones amables, hijas del amor á la verdad, que son las fuentes más puras de nuestra historia, y los fructuosos viajes de algunos misioneros que,

desdeñando el reposo de la celda, parten á remotos países á buscar almas para comunicarles la luz del Evangelio.

Estos varones distinguidos son los que pudieron servir de norma á los demás: entre ellos se señalaron los que emprendieron sus misiones sin auxilio humano, impelidos solo por su propio esfuerzo, guiados por la caridad como los primeros discípulos de Jesús; y entre ellos también descolló el venerable religioso cuya vida bosquejamos á continuación.

XXII

Fray Antonio Margil de Jesús

La curiosidad nos condujo una tarde á la nueva calle bautizada con el glorioso nombre de la "Independencia," para visitar una casa que formaba parte del convento de San Francisco.

Hay algo verdaderamente interesante en esa rápida transformación que reciben algunos edificios antiguos de Méjico, al impulso del dedo de la reforma. De la noche á la mañana vemos convertidos los

anticuados monumentos de ayer en elegantes monumentos de hoy; los muros toscos, irregulares, desaliñados y hasta informes abortados por una arquitectura sin arte y caprichosa, ceden el puesto á edificios de formas correctas y graciosas donde se admiran esa sobriedad de ornato, ese primor sencillo que revelan las obras de un gusto más adelantado. Pero toda la gala, pulidez y refinamiento que distinguen á las nuevas construcciones no bastan á darles el sello especial, el prestigio, el imán de las que han resistido incólumes el embate de los siglos; y cuando hemos visto á varias personas lamentarse en presencia de los escombros de un claustro ó de una iglesia, hemos respetado su sentimiento, porque estamos ciertos de que en la mayor parte no es fruto de una devoción exagerada ó de antipatías de partido, sino de la inclinación natural á compadecer lo que fué por mucho tiempo y deja de existir. El hombre se encariña con las ruinas, porque ve en ellas una imagen de su destino, y porque en la destrucción de un monumento llora su propia destrucción.

Pero la casa de que hablábamos no es propiamente un edificio nuevo, ni aun siquiera transformado. Si prescindís de la fachada, que es bien pobre, y del patio casi enteramente ocupado por la base de